

Figuras, resonancias y cumplimientos entre el Antiguo y el Nuevo Testamento

Una lectura cristiana, bíblica y prudente de la unidad de la Escritura

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

Nota metodológica para el lector

Este material complementario a las pláticas de Acercamiento a la Biblia desde la perspectiva católica romana ofrece un recorrido por diversas relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Su finalidad no es presentar una lista cerrada ni imponer una lectura uniforme de todos los textos bíblicos, sino ayudar a reconocer la unidad profunda de la historia de la salvación.

La tradición cristiana ha leído siempre la Escritura desde Cristo. Sin embargo, esto debe hacerse con prudencia. El Antiguo Testamento posee valor propio: es Palabra de Dios, testimonio de la alianza con Israel, memoria de la acción divina en la historia y preparación progresiva de la plenitud revelada en Cristo. Por eso, una lectura cristiana auténtica no borra el sentido histórico, literario y religioso de los textos antiguos, sino que lo respeta y, desde ahí, descubre cómo algunas realidades encuentran una profundidad nueva a la luz del misterio pascual.

A esta forma de lectura se le suele llamar lectura tipológica. Un “tipo” es una persona, acontecimiento, institución o signo del Antiguo Testamento que, conservando su sentido propio, puede ser leído como preparación, figura o anticipación de una realidad más plena en Cristo. Así, el paso del Mar Rojo es, en primer lugar, la liberación histórica de Israel de la esclavitud de Egipto; pero el Nuevo Testamento y la tradición cristiana lo leen también como figura del bautismo. El maná es alimento dado por Dios en el desierto; pero el Evangelio de Juan permite leerlo como preparación del Pan vivo bajado del cielo. La Pascua de Israel es memoria de liberación; pero en Cristo se revela como anticipación de la Pascua definitiva.

No todas las analogías tienen el mismo grado de fuerza. Algunas están expresamente formuladas por el Nuevo Testamento; otras pertenecen al desarrollo patrístico, litúrgico o eclesial de la tradición cristiana; y otras son resonancias teológicas o espirituales que deben proponerse con mayor cautela. Por eso, en este documento se usará una indicación sencilla:

Analogía explícita: cuando el Nuevo Testamento establece directamente la relación.

Analogía tradicional: cuando la relación ha sido desarrollada por la tradición cristiana, especialmente patrística, litúrgica o eclesial, aunque no aparezca formulada de modo directo en el Nuevo Testamento.

Resonancia prudente: cuando la relación ayuda a meditar la unidad de la Escritura, pero no debe presentarse como demostración exegética estricta.



La norma fundamental es Lucas 24. El Resucitado enseña a los discípulos a leer “Moisés, los Profetas y los Salmos” desde su Pascua. Cristo no cancela el Antiguo Testamento, sino que lo abre desde dentro. No lo sustituye, sino que revela su orientación profunda. Por eso, la lectura cristiana de la Biblia no es un ejercicio de imaginación religiosa, sino una forma de reconocer cómo Dios fue preparando, a través de la historia de Israel, la plenitud de su revelación en Cristo.

Este recorrido debe leerse como una invitación a contemplar la pedagogía de Dios: promesa y cumplimiento, figura y plenitud, preparación y consumación. El objetivo no es encontrar a Cristo de manera forzada en cada detalle, sino aprender a descubrir cómo toda la Escritura converge en Él sin perder la riqueza propia de cada etapa de la historia bíblica.

I. Creación, humanidad y nueva creación

1. La creación y la nueva creación en Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita y teológicamente central.

En el Génesis, Dios crea por su Palabra: “Dijo Dios...” y la realidad surge ordenada, buena y habitable. La creación no nace del caos ciego, sino de la palabra eficaz de Dios. El mundo es presentado como don, orden y espacio para la comunión.

El Nuevo Testamento retoma esa profundidad desde Cristo. San Juan inicia su Evangelio con una resonancia clara del Génesis: “En el principio existía el Verbo” (Jn 1,1). Cristo no aparece solo como enviado posterior, sino como el Verbo por quien todo fue hecho: “Todo se hizo por él” (Jn 1,3). San Pablo afirma igualmente que “todo fue creado por él y para él” (Col 1,16).

La analogía es fundamental: la primera creación nace por la Palabra de Dios; la nueva creación nace por el Verbo encarnado. En Cristo, Dios no solo repara algo dañado, sino que inaugura una creación renovada: “El que está en Cristo es una nueva creación” (2 Co 5,17).

Esta analogía invita a leer la fe cristiana no como simple reparación moral, sino como participación en una vida nueva. Cristo no solo perdona; recrea.

Citas: Gn 1,1-2,4; Jn 1,1-18; Col 1,15-20; 2 Co 5,17.

2. Adán y Cristo: el hombre viejo y el hombre nuevo

Grado de fuerza: analogía explícita en san Pablo.



Adán aparece en el Génesis como cabeza de la humanidad creada, pero también como figura de la humanidad herida por el pecado. Su desobediencia introduce una ruptura que afecta la relación con Dios, con los demás, con la creación y consigo mismo.

San Pablo establece explícitamente la analogía: “Adán, el cual es figura del que había de venir” (Rm 5,14). Cristo es presentado como el nuevo Adán. Así como por un hombre entró el pecado, por Cristo viene la gracia; así como en Adán todos mueren, en Cristo todos reciben vida.

La relación no es meramente moral, sino antropológica y salvífica. Adán representa a la humanidad que desconfía, se repliega y se desordena; Cristo representa a la humanidad obediente, filial, reconciliada y abierta al Padre. En Él aparece el hombre verdadero.

Esta analogía ayuda a comprender que Cristo no es solo maestro de vida espiritual, sino cabeza de una humanidad nueva.

Citas: Gn 2–3; Rm 5,12-21; 1 Co 15,21-22; 1 Co 15,45-49.

3. Eva y María: de la desobediencia al *fiat*

Grado de fuerza: analogía tradicional, de fuerte raíz patrística.

Junto a la analogía entre Adán y Cristo, la tradición cristiana ha desarrollado otra relación muy fecunda: Eva y María. En el Génesis, Eva aparece vinculada al drama de la desobediencia. Escucha la voz de la serpiente, desconfía de la palabra de Dios y participa en la ruptura original. María, en cambio, aparece en el Evangelio de Lucas como la mujer que escucha la Palabra, pregunta con fe, se abre a la acción del Espíritu y responde: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38).

La analogía no debe entenderse de modo simplista, como si Eva fuera la única responsable de la caída o María la autora autónoma de la redención. La caída implica también a Adán, y la redención pertenece únicamente a Cristo. Pero la contraposición tiene gran valor teológico: allí donde Eva representa la escucha desviada, María representa la escucha obediente; allí donde Eva toma el fruto desde la desconfianza, María recibe el don desde la fe; allí donde la primera mujer aparece asociada al inicio de una historia herida, María aparece asociada al inicio histórico de la Encarnación.

La relación Eva–María no aparece formulada en san Pablo con la misma explicitud que la relación Adán–Cristo, pero brota de la misma lógica bíblica de contraste entre desobediencia y obediencia, caída y gracia, incredulidad y fe. Por eso, desde muy antiguo, la tradición cristiana llamó a María la nueva Eva: no porque sustituya a Cristo, sino porque coopera libremente, desde su fe y obediencia, en el acontecimiento de la Encarnación.

María no se impone al misterio; lo recibe. No controla la Palabra; se deja habitar por ella. Su *fiat* es la respuesta humana más pura ante el don divino: una libertad que no se cierra,



sino que se entrega. En Eva aparece la humanidad que quiere tomar; en María, la humanidad que aprende a recibir.

Esta analogía ayuda a comprender que la fe no es pasividad, sino disponibilidad activa ante Dios.

Citas: Gn 3,1-24; Lc 1,26-38; Jn 2,1-11; Jn 19,25-27; Rm 5,12-21; 1 Co 15,21-22. Tradición cristiana: san Justino mártir y san Ireneo de Lyon desarrollaron tempranamente la relación Eva-María como contraste entre desobediencia y obediencia.

4. Noé, el diluvio y el bautismo

Grado de fuerza: analogía explícita en 1 Pedro.

El diluvio no es solo un relato de destrucción, sino también de salvación a través del agua. Noé y su familia son preservados en el arca y, después del diluvio, Dios establece una alianza con toda la creación. El agua aparece como juicio, purificación y comienzo renovado.

El Nuevo Testamento hace explícita la conexión con el bautismo. La primera carta de Pedro dice que en el arca “unos pocos, es decir, ocho personas, fueron salvados a través del agua”, y añade que a esto corresponde ahora el bautismo que salva (1 Pe 3,20-21).

La analogía es rica: el agua del diluvio marca el paso de un mundo corrompido a una creación renovada; el agua bautismal marca el paso del hombre viejo al hombre nuevo en Cristo. El arca puede leerse, además, como figura de la Iglesia, espacio de salvación sostenido por la gracia.

Citas: Gn 6-9; 1 Pe 3,18-22; Rm 6,3-4.

II. Promesa, fe y elección

5. Abraham, la fe y la justificación

Grado de fuerza: analogía explícita en san Pablo y Hebreos.

Abraham es llamado a salir de su tierra y caminar hacia una promesa que aún no ve. Su fe no es adhesión a una idea abstracta, sino confianza obediente en Dios. Cree, sale, espera, camina y se apoya en la fidelidad de Aquel que promete.

San Pablo lee a Abraham como padre de los creyentes. En Romanos cita Génesis 15,6: “Abraham creyó a Dios y le fue reputado como justicia” (Rm 4,3). La promesa hecha a Abraham se abre en el Nuevo Testamento a todos los pueblos, no por simple pertenencia carnal, sino por la fe.



La analogía central es que la historia de Abraham prepara la comprensión cristiana de la fe. Creer es apoyarse en la fidelidad de Dios, incluso cuando la promesa parece imposible. En Cristo, la bendición prometida a Abraham alcanza a todas las naciones.

Esta analogía ofrece una aplicación espiritual muy directa: la fe bíblica no consiste en tener todo claro antes de caminar, sino en caminar sostenido por la fidelidad de Dios.

Citas: Gn 12,1-3; Gn 15,1-6; Rm 4,1-25; Ga 3,6-14; Hb 11,8-12.

6. Isaac, el hijo amado y el Hijo entregado

Grado de fuerza: analogía tradicional con apoyo neotestamentario indirecto.

El sacrificio de Isaac es uno de los textos más delicados del Antiguo Testamento. En su sentido propio, revela la prueba extrema de Abraham y, al final, muestra que Dios no quiere sacrificios humanos: Él mismo provee el carnero.

La tradición cristiana ha visto aquí una figura del Hijo entregado. Isaac es el hijo amado que sube al monte y carga la leña; Cristo es el Hijo amado que carga la cruz. Pero hay una diferencia decisiva: Isaac no muere; Cristo sí entrega libremente su vida.

Esta analogía debe formularse con cuidado. No significa que el texto de Génesis “sea solamente” sobre Cristo, sino que, leído desde la plenitud pascual, deja entrever una lógica de don, obediencia y sustitución que alcanza su verdad suprema en la cruz.

Citas: Gn 22,1-19; Jn 3,16; Rm 8,32; Hb 11,17-19.

7. José y Cristo rechazado y exaltado

Grado de fuerza: resonancia prudente de fuerte valor espiritual.

José, hijo amado de Jacob, es rechazado por sus hermanos, vendido, humillado y llevado a Egipto. Sin embargo, por caminos misteriosos, Dios lo exalta y lo convierte en instrumento de salvación para muchos, incluidos sus propios hermanos.

El Nuevo Testamento no desarrolla esta tipología con la misma explicitud que otras, pero la tradición cristiana ha visto una resonancia con Cristo: rechazado por los suyos, entregado, humillado y luego exaltado para salvación de muchos.

La analogía debe ser prudente, pero es espiritualmente poderosa. José no es Cristo, pero su historia permite contemplar cómo Dios puede convertir el rechazo humano, la injusticia y la aparente derrota en camino de salvación.

Citas: Gn 37-50; Hch 7,9-14; Flp 2,6-11; Jn 1,11-12.



8. Rut y la inclusión de los gentiles

Grado de fuerza: resonancia prudente con fundamento genealógico en Mateo.

Rut es una mujer moabita que entra en la historia de Israel por fidelidad, amor y adhesión al Dios de Noemí. Su historia no se impone por grandeza política, sino por lealtad humilde, cuidado familiar y confianza.

Mateo incluye a Rut en la genealogía de Jesús. Esto muestra que la historia mesiánica incluye, desde dentro, a personas provenientes de los pueblos gentiles. La promesa de Israel no queda cerrada étnicamente, sino que prepara la incorporación de las naciones.

La analogía es eclesial y universal: Rut anticipa la apertura de la salvación a los pueblos. En ella aparece una forma sencilla y concreta de incorporación: no por dominio, sino por fidelidad, pertenencia y gracia.

Citas: Rut 1-4; Mt 1,5; Ef 2,11-22.

III. Éxodo, Pascua y sacramentos

9. La Pascua de Israel y la Pascua de Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita y central en el Nuevo Testamento.

En Éxodo 12, Israel celebra la Pascua antes de salir de Egipto. El cordero, la sangre en las puertas, la comida pascual y el paso hacia la libertad forman el centro de la memoria salvadora de Israel.

El Nuevo Testamento lee la muerte y resurrección de Cristo como Pascua definitiva. San Juan presenta a Jesús como el Cordero de Dios (Jn 1,29) y sitúa su pasión en clave pascual. San Pablo lo dice de modo explícito: “Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado” (1 Co 5,7).

La analogía es fundamental: la Pascua antigua libera de la esclavitud de Egipto; la Pascua de Cristo libera del pecado y de la muerte. La sangre del cordero protege a Israel; la sangre de Cristo inaugura la nueva alianza.

Esta analogía es decisiva para comprender que la salvación cristiana no es una idea abstracta, sino un paso real: de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida.

Citas: Ex 12; Jn 1,29; Jn 19,31-37; 1 Co 5,7; Lc 22,14-20.

10. El paso del Mar Rojo y el bautismo

Grado de fuerza: analogía explícita en san Pablo y tradicionalmente sacramental.



Israel pasa por el Mar Rojo y deja atrás la esclavitud de Egipto. El agua, que parecía amenaza de muerte, se convierte en camino de liberación. El pueblo queda separado de su antigua esclavitud y comienza una vida nueva bajo la guía de Dios.

San Pablo hace explícita esta lectura en 1 Corintios: “todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar” (1 Co 10,2). La Iglesia ha visto en este paso una figura del bautismo cristiano. El bautizado pasa, con Cristo, de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios.

La analogía es clara: Egipto representa la esclavitud; el paso por el agua, la liberación; el desierto, la vida nueva que todavía camina hacia la plenitud. El bautismo no elimina inmediatamente toda lucha, pero inaugura una pertenencia nueva.

Citas: Ex 14; 1 Co 10,1-4; Rm 6,3-4; Col 2,12.

11. El maná y la Eucaristía

Grado de fuerza: analogía explícita en Juan 6 y sacramentalmente central.

En el desierto, Israel recibe el maná como alimento dado por Dios. El pueblo aprende a vivir de la providencia, día a día, sin poseer seguridades absolutas. El maná educa en la confianza: Dios da lo necesario para caminar.

Jesús retoma esta experiencia en el discurso del pan de vida: “No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo” (Jn 6,32). Luego afirma: “Yo soy el pan vivo bajado del cielo” (Jn 6,51).

La analogía es sacramentalmente muy fuerte: el maná sostuvo a Israel en el camino; la Eucaristía sostiene a la Iglesia en su peregrinación. Pero Cristo supera al maná: no solo da pan, sino que Él mismo es el Pan.

Esta analogía ayuda a comprender que la Eucaristía no es solo símbolo de fraternidad, sino alimento real para el camino de la fe.

Citas: Ex 16; Dt 8,3; Jn 6,30-58; 1 Co 10,16-17.

12. El agua de la roca y Cristo como fuente de vida

Grado de fuerza: analogía explícita en san Pablo.

En el desierto, el pueblo tiene sed y Dios hace brotar agua de la roca por medio de Moisés. Es un signo de la fidelidad divina en medio de la murmuración, la fragilidad y el cansancio.



San Pablo interpreta este episodio cristológicamente: “bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo” (1 Co 10,4). También el Evangelio de Juan presenta a Jesús como fuente de agua viva: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn 7,37).

La analogía es clara: el agua de la roca sostiene la vida física del pueblo; Cristo da el agua viva del Espíritu. Donde el pueblo experimenta sequedad, Dios abre una fuente inesperada.

Citas: Ex 17,1-7; Nm 20,1-13; 1 Co 10,4; Jn 4,10-14; Jn 7,37-39.

13. La serpiente de bronce y Cristo elevado en la cruz

Grado de fuerza: analogía explícita en palabras de Jesús.

En Números, el pueblo es mordido por serpientes en el desierto. Dios manda a Moisés levantar una serpiente de bronce; quien la mira queda con vida. El signo no tiene poder mágico: es obediencia confiada a la palabra de Dios.

Jesús mismo aplica este episodio a su pasión: “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga vida eterna” (Jn 3,14-15).

Esta es una de las analogías más explícitas del Nuevo Testamento. La elevación de la serpiente prefigura la elevación de Cristo en la cruz. Aquello que estaba ligado a la muerte se convierte, por mandato de Dios, en medio de salvación. En Cristo crucificado, el pecado es asumido y vencido.

Esta analogía enseña que la salvación cristiana nace de mirar con fe precisamente aquello que parece derrota: la cruz.

Citas: Nm 21,4-9; Jn 3,14-16; Jn 12,32.

14. Israel en el desierto y Jesús en el desierto

Grado de fuerza: analogía explícita por recapitular Jesús la prueba de Israel.

Israel pasa cuarenta años en el desierto, tiempo de prueba, pedagogía y purificación. Allí aprende que no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Jesús pasa cuarenta días en el desierto y vence las tentaciones. Responde al tentador citando Deuteronomio, es decir, el libro que interpreta espiritualmente la experiencia del desierto.

La analogía es muy fuerte: donde Israel fue probado y muchas veces cayó, Jesús permanece fiel. Él recapitula la historia de Israel y la conduce a la obediencia filial. En



Cristo, el desierto deja de ser solo lugar de prueba y se convierte también en lugar de fidelidad victoriosa.

Citas: Dt 8,2-3; Ex 16-17; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13

IV. Alianza, Ley, templo y sacerdocio

15. Moisés mediador y Cristo mediador definitivo

Grado de fuerza: analogía explícita, especialmente en Hebreos.

Moisés es el gran mediador de la alianza del Sinaí. Recibe la Ley, intercede por el pueblo y conduce a Israel en nombre de Dios. Su figura está asociada a liberación, revelación, alianza y conducción.

El Nuevo Testamento presenta a Cristo como mediador superior y definitivo. La carta a los Hebreos afirma que Jesús es “mediador de una alianza mejor” (Hb 8,6) y “mediador de una nueva alianza” (Hb 9,15).

La analogía no disminuye a Moisés; lo ubica como figura preparatoria. Moisés transmite la Ley; Cristo es la Palabra encarnada. Moisés intercede; Cristo intercede eternamente. Moisés conduce hacia la tierra prometida; Cristo introduce en la comunión plena con el Padre.

Citas: Ex 19-24; Dt 18,15-18; Jn 1,17; Hb 3,1-6; Hb 8,6; Hb 9,15.

16. La alianza del Sinaí y la nueva alianza en Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita.

En el Sinaí, Dios establece alianza con Israel: “Vosotros seréis mi pueblo”. La alianza incluye elección, ley, culto, sacrificio y compromiso de fidelidad.

Jeremías anuncia una nueva alianza, no escrita solo en tablas de piedra, sino en el corazón: “Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré” (Jr 31,33).

Jesús retoma explícitamente esta promesa en la Última Cena: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre” (Lc 22,20). La alianza ya no queda sellada con sangre de animales, sino con la sangre de Cristo. No se trata de abolir la alianza antigua como si careciera de valor, sino de llevarla a su cumplimiento.

Citas: Ex 24,3-8; Jr 31,31-34; Ez 36,25-27; Lc 22,20; Hb 8,6-13; Hb 9,11-28.

17. El tabernáculo, el templo y Cristo como presencia de Dios



Grado de fuerza: analogía explícita en Juan y desarrollada en la tradición cristiana.

El tabernáculo en el desierto y luego el templo de Jerusalén expresan la presencia de Dios en medio de su pueblo. Son lugares de encuentro, culto y sacrificio. En ellos se concentra sacramentalmente la conciencia de que Dios habita con Israel.

En el Nuevo Testamento, Cristo es presentado como la presencia definitiva de Dios entre los hombres. San Juan dice: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). El verbo “habitó” evoca la tienda o morada de Dios. Jesús también dice: “Destruid este templo y en tres días lo levantaré”; y Juan aclara: “Él hablaba del templo de su cuerpo” (Jn 2,19-21).

La analogía es decisiva: el templo era signo de la presencia de Dios; Cristo es Dios presente en persona. Después, la Iglesia y cada creyente participan de esta realidad como templo del Espíritu Santo.

Citas: Ex 25–40; 1 Re 8; Jn 1,14; Jn 2,19-21; 1 Co 3,16-17; Ap 21,22.

18. El sacerdocio levítico y el sacerdocio de Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita en Hebreos.

En Israel, el sacerdocio levítico está vinculado al templo, al sacrificio y a la mediación cultural. El sacerdote ofrece sacrificios por sí mismo y por el pueblo. Su función expresa la necesidad de mediación, purificación y comunión con Dios.

La carta a los Hebreos presenta a Cristo como sumo sacerdote definitivo. Pero su sacerdocio no es simplemente una prolongación del levítico: es superior, porque Cristo no ofrece algo externo, sino que se ofrece a sí mismo. Además, su sacerdocio es relacionado con Melquisedec, figura misteriosa anterior a Leví.

La analogía es doble: el sacerdocio antiguo prepara la categoría de mediación sacrificial; Cristo la cumple de manera única y definitiva. En Él, sacerdote, víctima y altar se concentran en una sola entrega de amor.

Citas: Lv 16; Gn 14,18-20; Sal 110,4; Hb 4,14-16; Hb 7; Hb 9–10.

19. Los sacrificios antiguos y el sacrificio de Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita en Hebreos.

El Antiguo Testamento conoce sacrificios de comunión, expiación, acción de gracias y purificación. Estos sacrificios expresan adoración, arrepentimiento, alianza y reconciliación.



Hebreos afirma que esos sacrificios eran preparación, pero no podían realizar por sí mismos la purificación definitiva de la conciencia. Cristo, en cambio, “se ofreció a sí mismo una vez para siempre” (Hb 7,27).

La analogía no significa despreciar el culto antiguo, sino reconocer su carácter pedagógico y preparatorio. Los sacrificios antiguos muestran la necesidad de reconciliación; la cruz revela el amor que realiza esa reconciliación desde dentro.

Citas: Lv 1-7; Lv 16; Is 53; Hb 9-10; Ef 5,2.

20. Jeremías, la nueva alianza y la Eucaristía

Grado de fuerza: analogía explícita.

Jeremías anuncia una nueva alianza escrita en el corazón. Esta promesa surge en un contexto de infidelidad y fracaso de Israel, pero también de esperanza: Dios no abandona a su pueblo, sino que promete una renovación interior.

Jesús, en la Última Cena, identifica su sangre con esa nueva alianza. La Eucaristía queda así ligada a la promesa profética: no es solo memoria de una cena, sino sacramento de la alianza definitiva.

La analogía es especialmente fuerte: Jeremías anuncia interioridad, perdón y nueva relación con Dios; Cristo realiza esa alianza mediante su entrega pascual. La nueva alianza no queda escrita solo fuera del hombre, sino que alcanza el corazón.

Citas: Jr 31,31-34; Lc 22,20; 1 Co 11,25; Hb 8,8-13.

21. Ezequiel, el agua pura, el corazón nuevo y el Espíritu

Grado de fuerza: analogía explícita en clave bautismal y pneumatológica.

Ezequiel anuncia que Dios rociará agua pura, purificará al pueblo, le dará un corazón nuevo y pondrá en él su Espíritu. La promesa une purificación, transformación interior y don divino.

El Nuevo Testamento recoge esta promesa en clave bautismal y pneumatológica. Jesús habla con Nicodemo de nacer “del agua y del Espíritu” (Jn 3,5). En Pentecostés, el Espíritu es derramado sobre la Iglesia.

La analogía une purificación, renovación interior y don del Espíritu. El bautismo no es solo limpieza simbólica; es participación en una vida nueva por el Espíritu Santo.

Citas: Ez 36,25-27; Jn 3,5; Hch 2,1-41; Tt 3,5-7.



22. La Ley y la gracia en Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita y de alta densidad teológica.

La Ley es don de Dios a Israel, camino de alianza, sabiduría y vida. No debe ser caricaturizada como mero legalismo. La Ley ordena la vida del pueblo elegido y lo educa en la fidelidad.

El Nuevo Testamento afirma que Cristo no vino a abolir la Ley, sino a darle cumplimiento (Mt 5,17). San Juan resume: “La Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo” (Jn 1,17).

La analogía debe ser cuidadosa. Cristo no niega la Ley; revela su plenitud. La Ley educa, orienta y manifiesta la voluntad de Dios; Cristo la cumple desde dentro, llevando el mandamiento a su verdad más profunda: el amor.

Citas: Ex 20; Dt 6,4-9; Sal 119; Mt 5,17-48; Jn 1,17; Rm 13,8-10.

23. El día de la expiación y la redención de Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita en Hebreos.

En Levítico 16, el día de la expiación expresa la purificación del santuario y del pueblo. El sumo sacerdote entra al Santo de los Santos con sangre sacrificial. El rito subraya la gravedad del pecado y la necesidad de purificación.

Hebreos interpreta la obra de Cristo con esta clave: Cristo entra no en un santuario hecho por manos humanas, sino en el cielo mismo, y no con sangre ajena, sino con su propia sangre.

La analogía es cultural y soteriológica: el rito anual de expiación prepara la comprensión de la entrega única y definitiva de Cristo. Lo que se repetía ritualmente alcanza en Él su cumplimiento irrepetible.

Citas: Lv 16; Hb 9,1-28; Hb 10,1-18.

24. Los panes de la Presencia y la mesa eucarística

Grado de fuerza: resonancia prudente; no tan directa como el maná.

En el templo había panes de la Presencia, colocados ante el Señor como signo cultural. David come de esos panes en una situación excepcional, lo que muestra que el culto no puede separarse de la misericordia y de la necesidad concreta.



Jesús recuerda ese episodio cuando sus discípulos son criticados por arrancar espigas en sábado. El texto sirve para mostrar que la misericordia, la necesidad y la autoridad mesiánica de Cristo revelan el sentido profundo del culto.

Aunque no es una prefiguración eucarística tan directa como el maná, sí hay una resonancia: la presencia de Dios, el pan sagrado y la mesa encuentran en Cristo una plenitud nueva. La Eucaristía no es simplemente alimento sagrado, sino presencia viva del Señor entregado.

Citas: Lv 24,5-9; 1 S 21,1-6; Mt 12,1-8; Mc 2,23-28.

V. Realeza, mesianismo y figuras cristológicas

25. David y Cristo, Hijo de David

Grado de fuerza: analogía explícita y mesiánica.

David es rey de Israel, elegido por Dios, pastor de su pueblo, figura compleja de grandeza y pecado. La promesa hecha a David anuncia una descendencia real estable.

El Nuevo Testamento presenta a Jesús como “Hijo de David”. Esta expresión no es solo genealógica; es mesiánica. Sin embargo, Cristo redefine la realeza: no reina desde la fuerza política, sino desde la cruz, la misericordia y el Reino de Dios.

La analogía es importante: David prepara la esperanza de un rey según el corazón de Dios; Cristo es ese Rey, pero de un modo inesperado. Su trono es paradójicamente la cruz, y su victoria no consiste en dominar, sino en salvar.

Citas: 2 S 7,12-16; Sal 89; Mt 1,1; Lc 1,32-33; Mc 10,46-52; Jn 18,36.

26. Salomón, la sabiduría y Cristo Sabiduría de Dios

Grado de fuerza: analogía explícita y sapiencial.

Salomón es asociado con la sabiduría, el discernimiento y la edificación del templo. La literatura sapiencial desarrolla la búsqueda de la sabiduría como camino de vida, orden y comunión con Dios.

En el Nuevo Testamento, Cristo es presentado como “sabiduría de Dios” (1 Co 1,24). Él es más que un maestro sabio: en Él se revela la sabiduría divina bajo la forma paradójica de la cruz.

La analogía permite pasar de la sabiduría como orden de vida a Cristo como Sabiduría encarnada. Lo que en Proverbios, Sirácide o Sabiduría aparece como búsqueda, en Cristo aparece como rostro personal.



Citas: 1 Re 3,5-15; Pr 8; Sab 7-9; Mt 12,42; 1 Co 1,24; Col 2,3.

27. Jonás y los tres días de Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita en palabras de Jesús.

Jonás permanece tres días y tres noches en el vientre del gran pez. En su contexto, el relato habla de misión, conversión, resistencia profética y misericordia de Dios hacia Nínive.

Jesús aplica el “signo de Jonás” a su propia muerte y resurrección: “Como estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra” (Mt 12,40).

Aquí la analogía es explícita. Jonás prefigura, de manera imperfecta, el descenso y retorno; Cristo realiza plenamente el paso por la muerte hacia la resurrección. Además, la conversión de Nínive anticipa la apertura de la salvación a los pueblos.

Citas: Jon 1-4; Mt 12,38-41; Lc 11,29-32.

28. El Siervo sufriente y la pasión de Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita y cristológicamente central.

Isaías presenta la figura del Siervo del Señor: elegido, fiel, sufriente, rechazado, cargando con los pecados de muchos. Su misión no avanza mediante dominio, sino mediante fidelidad, mansedumbre y sufrimiento redentor.

El Nuevo Testamento lee la pasión de Cristo a la luz de estos cantos. En Hechos, el episodio del eunuco etíope muestra explícitamente la pregunta por Isaías 53 y su cumplimiento en Jesús. La primera carta de Pedro también retoma el lenguaje del Siervo: “por sus heridas habéis sido curados” (1 Pe 2,24).

La analogía es profundamente cristológica. El Mesías no salva mediante imposición de poder, sino mediante obediencia, entrega y amor sufriente.

Esta analogía es esencial para corregir falsas imágenes de poder religioso: Cristo salva desde la entrega, no desde la dominación.

Citas: Is 42,1-9; Is 49,1-6; Is 50,4-9; Is 52,13-53,12; Hch 8,26-35; 1 Pe 2,21-25.

29. El pastor de Israel y Cristo Buen Pastor

Grado de fuerza: analogía explícita.



El Antiguo Testamento llama a Dios pastor de Israel: “El Señor es mi pastor” (Sal 23). También critica a los malos pastores y promete que Dios mismo pastoreará a su pueblo.

Jesús se presenta como el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (Jn 10,11). Aquí la analogía es directa y muy profunda: lo que Dios promete hacer por su pueblo, Cristo lo realiza personalmente.

Cristo no es solo un líder religioso; es el Pastor divino que conoce, guía, alimenta, busca y entrega la vida. La imagen pastoral alcanza en Él su plenitud.

Citas: Sal 23; Ez 34; Jn 10,1-18; Lc 15,3-7; Hb 13,20.

30. La viña de Israel y Cristo, la vid verdadera

Grado de fuerza: analogía explícita en Juan y los sinópticos.

Israel es comparado en varios textos con una viña plantada y cuidada por Dios. Pero esa viña muchas veces produce frutos amargos: injusticia, infidelidad y violencia.

Jesús retoma esta imagen y dice: “Yo soy la vid verdadera” (Jn 15,1). La plenitud ya no está solo en pertenecer externamente al pueblo, sino en permanecer unido a Cristo y dar fruto en Él.

La analogía es clara: Israel como viña prepara la imagen de Cristo como vid verdadera. En Él se cumple la vocación de fecundidad que Israel debía vivir. Separados de Él, los sarmientos no pueden dar fruto.

Citas: Is 5,1-7; Sal 80,9-20; Jr 2,21; Jn 15,1-8; Mt 21,33-46.

31. El nuevo éxodo anunciado por Isaías y la misión de Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita en la presentación evangélica de Juan Bautista y de Jesús.

Isaías anuncia un nuevo éxodo: Dios consolará a su pueblo, abrirá camino en el desierto y traerá de regreso a los cautivos. La liberación de Egipto se convierte en matriz simbólica para esperar una nueva intervención salvadora.

Los Evangelios presentan la misión de Juan Bautista con palabras de Isaías: “Preparad el camino del Señor” (Is 40,3; Mc 1,3). Cristo aparece como quien inaugura el verdadero retorno: no solo de Babilonia a Jerusalén, sino del pecado a la vida, de la dispersión a la comunión.

La analogía es de gran valor teológico. El primer éxodo libera de Egipto; el nuevo éxodo anunciado por los profetas prepara la obra redentora de Cristo.



Citas: Is 40,1-11; Is 43,16-21; Is 52,7-12; Mc 1,1-4; Lc 4,16-21.

32. El cordero y Cristo Cordero de Dios

Grado de fuerza: analogía explícita y central.

El cordero aparece en varios contextos: la Pascua de Éxodo, los sacrificios del templo, la imagen del Siervo llevado como cordero al matadero.

Juan Bautista condensa estas resonancias al decir de Jesús: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29). En el Apocalipsis, Cristo aparece como Cordero degollado y glorioso.

La analogía es central: el cordero pascual, el sacrificio cultural y el Siervo sufriente convergen en Cristo, que vence entregándose. El Cordero no es debilidad vencida, sino amor sacrificado y glorioso.

Citas: Ex 12; Is 53,7; Jn 1,29; 1 Pe 1,18-19; Ap 5,6-14.

33. El profeta esperado y Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita.

Deuteronomio anuncia que Dios suscitará un profeta como Moisés. Israel espera una palabra definitiva de Dios, una mediación profética que renueve la alianza y oriente al pueblo.

En el Nuevo Testamento, Pedro aplica esta promesa a Jesús en Hechos. Cristo es más que profeta, pero no menos que profeta: Él revela definitivamente al Padre.

La analogía muestra continuidad y superación. Los profetas preparan la escucha de la Palabra; Cristo es la Palabra encarnada. Los profetas dicen “así dice el Señor”; Cristo habla con autoridad propia.

Citas: Dt 18,15-18; Hch 3,22-26; Hb 1,1-2; Jn 6,14; Jn 7,40.

34. La sabiduría personificada y el Logos

Grado de fuerza: analogía tradicional con fuerte fundamento sapiencial y joánico.

En Proverbios 8 y en los libros sapienciales, la Sabiduría aparece junto a Dios, anterior a la creación, ordenadora y mediadora de vida. Este lenguaje no debe leerse de modo simplista, pero abre un horizonte teológico muy profundo.



El prólogo de Juan presenta al Logos eterno, que estaba junto a Dios y era Dios. La tradición cristiana ha leído muchas resonancias sapienciales en la cristología del Logos, aunque sin confundir sin más la personificación poética de la Sabiduría con la revelación plena del Hijo.

La analogía es teológicamente fecunda: la Sabiduría prepara el lenguaje para hablar de Cristo como sentido, orden, luz y Palabra eterna de Dios.

Citas: Pr 8,22-31; Sab 7,22-8,1; Sir 24; Jn 1,1-18; 1 Co 1,24; Col 1,15-20.

35. Elías, Eliseo y los signos de Cristo

Grado de fuerza: resonancia prudente con apoyo evangélico.

Elías y Eliseo realizan signos de alimento, curación, resurrección y autoridad profética. Alimentan en tiempos de escasez, curan enfermos y devuelven vida. Sus signos manifiestan que Dios actúa en favor de su pueblo y también más allá de sus fronteras.

Jesús retoma y supera estos signos. En Lucas 4, menciona a la viuda de Sarepta y a Naamán el sirio, mostrando que la misericordia de Dios desborda fronteras. Sus milagros no son solo muestras de poder; son signos del Reino.

La analogía es profética y cristológica. Los profetas taumaturgos preparan la manifestación de Cristo, poderoso en obras y palabras, pero Cristo no es solo continuador: es el Señor a quien esos signos apuntan.

Citas: 1 Re 17; 2 Re 4-5; Lc 4,24-27; Lc 7,11-17; Mt 14,13-21.

36. Daniel, el Hijo del hombre y Cristo glorificado

Grado de fuerza: analogía explícita.

Daniel contempla “como un hijo de hombre” que recibe dominio, gloria y reino. Esta figura se vuelve central en la esperanza apocalíptica y en la imaginación mesiánica del judaísmo posterior.

Jesús usa frecuentemente el título “Hijo del hombre”, especialmente en relación con su autoridad, pasión y venida gloriosa. Ante el Sanedrín, cita la imagen de Daniel aplicada a sí mismo.

La analogía es explícitamente cristológica. La figura de Daniel prepara el lenguaje para hablar de Cristo humillado y glorificado, juez y rey escatológico.

Citas: Dn 7,13-14; Mc 14,61-62; Mt 24,30; Lc 21,27; Ap 1,7.



37. La resurrección esperada y la resurrección de Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita y escatológica.

En el Antiguo Testamento, la esperanza en la resurrección aparece con claridad progresiva, especialmente en Daniel y 2 Macabeos. No es igualmente explícita en todos los libros, pero se va abriendo paso la convicción de que Dios no abandona definitivamente a sus fieles a la muerte.

En el Nuevo Testamento, la resurrección de Cristo no es solo un caso individual, sino primicia de la resurrección final. San Pablo afirma: “Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que durmieron” (1 Co 15,20).

La analogía es escatológica. La esperanza veterotestamentaria encuentra en la resurrección de Cristo su fundamento histórico y su plenitud definitiva.

Citas: Dn 12,2-3; 2 Mac 7; Os 6,2; 1 Co 15; Jn 11,25-26.

38. La luz de Israel y Cristo luz del mundo

Grado de fuerza: analogía explícita.

Isaías anuncia que el Siervo será luz de las naciones. Israel tiene una vocación universal: ser signo de Dios para los pueblos.

Jesús declara: “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12). En Él se concentra y se cumple la misión luminosa de Israel. La Iglesia, unida a Cristo, participa de esa misión: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,14).

La analogía es misionera y cristológica. Israel está llamado a reflejar la luz de Dios; Cristo es la luz misma que ilumina a todo hombre. La Iglesia no posee luz propia: participa de la luz de Cristo.

Citas: Is 42,6; Is 49,6; Jn 8,12; Jn 1,4-9; Mt 5,14-16.

VI. María, Iglesia y pueblo de Dios

39. La reina madre y María

Grado de fuerza: analogía tradicional, especialmente fecunda en clave católica.

En la monarquía davídica, la madre del rey tenía una función reconocida en la corte. No era simplemente una figura privada; aparece con dignidad e intercesión.



En el Nuevo Testamento, María aparece como madre del Mesías davídico. En Caná, intercede y remite a la obediencia a Cristo: “Haced lo que él os diga” (Jn 2,5). En Apocalipsis 12, la mujer vestida de sol tiene una densidad simbólica que puede leerse en varios niveles: Israel, la Iglesia y, en la tradición católica, María.

Esta analogía debe presentarse con prudencia, pero es valiosa en clave católica. María participa de la lógica del Reino no como sustituta de Cristo, sino como madre e intercesora subordinada al Hijo.

Citas: 1 Re 2,19; Lc 1,26-38; Lc 1,43; Jn 2,1-11; Ap 12,1-17.

40. Sion/Jerusalén y la Iglesia, nueva Jerusalén

Grado de fuerza: analogía explícita y escatológica.

Jerusalén es ciudad santa, lugar del templo, símbolo de la presencia de Dios y de la esperanza escatológica. En ella se concentran culto, promesa, memoria y anhelo de restauración.

El Nuevo Testamento habla de la “Jerusalén de arriba” (Ga 4,26), de la comunidad que se acerca a la “Jerusalén celestial” (Hb 12,22) y, finalmente, de la nueva Jerusalén que desciende del cielo (Ap 21).

La analogía muestra una ampliación escatológica. La Jerusalén histórica prepara la esperanza de una comunión definitiva con Dios. En Cristo, la ciudad santa ya no se limita a un espacio geográfico, sino que apunta a la humanidad reconciliada y habitada por Dios.

Citas: Sal 48; Is 2,2-5; Is 60; Ga 4,26; Hb 12,22-24; Ap 21-22.

41. El matrimonio de Dios con su pueblo y Cristo Esposo de la Iglesia

Grado de fuerza: analogía explícita y tradicionalmente eclesial.

Los profetas usan la imagen esponsal para hablar de la alianza: Dios es esposo fiel; Israel, esposa muchas veces infiel. Oseas y Ezequiel son especialmente fuertes en esta línea.

En el Nuevo Testamento, Cristo aparece como esposo. Jesús habla de sí mismo en clave nupcial: “¿Pueden ayunar los invitados a la boda mientras el esposo está con ellos?” (Mc 2,19). San Pablo presenta el amor de Cristo por la Iglesia como modelo del matrimonio cristiano.

La analogía revela que la historia de la salvación es también historia de amor fiel, herido y restaurado. La alianza esponsal de Dios con Israel alcanza su plenitud en Cristo y la Iglesia.



Citas: Os 2; Ez 16; Is 54,5-8; Mc 2,18-20; Ef 5,25-32; Ap 19,7-9.

42. Las doce tribus y los doce apóstoles

Grado de fuerza: analogía explícita y eclesial.

Israel se estructura simbólicamente en doce tribus. El número doce expresa el pueblo de la alianza, la totalidad de Israel convocada por Dios.

Jesús elige a doce apóstoles. No es un dato casual: indica la restauración y plenitud del pueblo de Dios. En Apocalipsis, la nueva Jerusalén integra los nombres de las doce tribus y de los doce apóstoles.

La analogía es eclesial. Las doce tribus preparan la Iglesia apostólica, no como sustitución arrogante, sino como cumplimiento en Cristo de la convocación del pueblo de Dios.

Citas: Gn 35,22-26; Ex 24,4; Mc 3,13-19; Mt 19,28; Ap 21,12-14.

43. Los setenta ancianos y la misión universal

Grado de fuerza: resonancia prudente con apoyo lucano.

En Números, Moisés reúne setenta ancianos que reciben parte del espíritu para ayudar a conducir al pueblo. El número setenta también evoca, simbólicamente, la totalidad de las naciones según Génesis 10.

En Lucas, Jesús envía a setenta —o setenta y dos, según variantes textuales— discípulos. La misión ya no se reduce a Israel; se abre universalmente.

La analogía vincula conducción y misión. Los setenta ancianos colaboran en la conducción del pueblo; los setenta discípulos anticipan la misión universal de la Iglesia.

Citas: Nm 11,16-30; Gn 10; Lc 10,1-20.

44. Ester y la intercesión por el pueblo

Grado de fuerza: resonancia prudente; lectura espiritual y tradicional.

Ester arriesga su vida para interceder por su pueblo ante el rey. Su mediación salva a los judíos de la destrucción. El relato muestra valentía, prudencia, intercesión y responsabilidad histórica.

La tradición cristiana puede ver aquí una figura de intercesión, aunque no haya una aplicación directa en el Nuevo Testamento. En clave amplia, prepara la idea de que la salvación pasa por una mediación arriesgada. En la tradición católica, algunas lecturas



espirituales han visto también una resonancia mariana: la mujer que intercede por su pueblo.

Conviene presentarlo como analogía espiritual, no como tipología neotestamentaria explícita. Su valor está en mostrar que la intercesión no es evasión, sino forma de caridad valiente.

Citas: Est 4-7; Jn 2,1-11; Hb 7,25.

45. El resto fiel de Israel y la Iglesia naciente

Grado de fuerza: analogía explícita en san Pablo.

Los profetas hablan del “resto” que permanece fiel o que Dios purifica para recomenzar su obra. No todo Israel responde, pero Dios conserva un resto por gracia.

San Pablo retoma esta idea en Romanos: “también en el tiempo presente ha quedado un resto, elegido por gracia” (Rm 11,5). La Iglesia naciente puede entenderse en continuidad con ese resto fiel, no como ruptura arrogante, sino como cumplimiento abierto también a los gentiles.

La analogía permite comprender que la historia de la salvación avanza por fidelidades pequeñas, pobres y sostenidas por Dios. Dios no necesita masas perfectas; sabe recomenzar con un resto fiel.

Citas: Is 10,20-22; Sof 3,12-13; Miq 5,6-7; Rm 9-11; Lc 12,32.

VII. Exilio, retorno, Espíritu y consumación

46. El exilio y la redención en Cristo

Grado de fuerza: resonancia prudente de gran valor teológico.

El exilio babilónico es una experiencia de pérdida: tierra, templo, rey y seguridad. Pero también se convierte en tiempo de purificación, memoria y esperanza. Israel aprende, en la pérdida, a esperar de nuevo la fidelidad de Dios.

El Nuevo Testamento presenta la humanidad como necesitada de redención, reconciliación y retorno a Dios. Cristo reúne a los dispersos, perdona los pecados y abre el camino de regreso al Padre.

La analogía es existencial y teológica. El exilio exterior de Israel ilumina el exilio interior del hombre separado de Dios; el retorno prepara la comprensión de la redención. En Cristo, el regreso no es solo geográfico, sino filial: volver al Padre.



Esta analogía ayuda al lector a reconocer que también la vida espiritual conoce exilios interiores, y que Dios puede convertirlos en camino de retorno.

Citas: 2 Re 25; Sal 137; Is 40,1-11; Jr 29,10-14; Lc 15,11-32; Ef 2,11-22.

47. El sábado y el descanso en Cristo

Grado de fuerza: analogía explícita y escatológica.

El sábado recuerda la creación y la liberación. Es día de descanso, culto y memoria de la alianza. No es simple interrupción de actividad, sino signo de pertenencia a Dios.

En el Nuevo Testamento, Jesús no destruye el sábado, sino que revela su sentido: “El sábado ha sido hecho para el hombre” (Mc 2,27). La carta a los Hebreos habla de un descanso definitivo para el pueblo de Dios. La resurrección en el primer día inaugura la celebración cristiana del Día del Señor.

La analogía es escatológica. El sábado prepara el descanso definitivo; Cristo introduce en el verdadero reposo, no como inactividad, sino como comunión con Dios.

Citas: Gn 2,2-3; Ex 20,8-11; Dt 5,12-15; Mc 2,27-28; Hb 4,1-11; Ap 1,10.

48. La entrada en la tierra prometida y el Reino de Dios

Grado de fuerza: analogía explícita en Hebreos y resonancia escatológica.

Josué introduce a Israel en la tierra prometida. Esa tierra es don, responsabilidad y espacio de alianza. No es conquista entendida solo en clave territorial, sino cumplimiento de una promesa y llamada a vivir según Dios.

En el Nuevo Testamento, la promesa se abre hacia el Reino de Dios y la herencia eterna. Hebreos sugiere que el descanso dado por Josué no era todavía la plenitud definitiva; queda un descanso mayor para el pueblo de Dios.

La analogía es de cumplimiento y superación. La tierra prometida prepara la esperanza de la herencia escatológica. Cristo no ofrece solo posesión territorial, sino comunión definitiva con Dios.

Citas: Jos 3-4; Jos 21,43-45; Hb 4,8-11; Mt 5,5; 1 Pe 1,3-5.

49. Pentecostés, Sinaí y el don del Espíritu

Grado de fuerza: analogía tradicional de fuerte densidad bíblica y litúrgica.



La fiesta judía de Pentecostés está vinculada, en la tradición, con la entrega de la Ley en el Sinaí. Allí Dios forma a Israel como pueblo de la alianza.

En Hechos 2, el Espíritu Santo desciende sobre los discípulos en Pentecostés. La Ley escrita en piedra encuentra su plenitud en la Ley interior del Espíritu. La dispersión de lenguas de Babel queda también invertida: ahora las lenguas diversas pueden entender la misma buena noticia.

La analogía es riquísima: Sinaí da la Ley; Pentecostés da el Espíritu. Babel dispersa; Pentecostés reúne. La alianza se interioriza y se universaliza.

Citas: Ex 19-20; Jr 31,31-34; Hch 2,1-13; Gn 11,1-9; 2 Co 3,3-6.

50. Babel y Pentecostés

Grado de fuerza: analogía tradicional y litúrgica.

Babel representa la humanidad que busca construirse sin Dios, produciendo confusión y dispersión. La diversidad de lenguas aparece como signo de ruptura.

Pentecostés no elimina la diversidad de lenguas, pero la reconcilia en una comunión nueva. Cada uno escucha en su propia lengua las maravillas de Dios.

La analogía es eclesial y universal. Babel muestra una humanidad dividida por la soberbia; Pentecostés muestra una humanidad reunida por el Espíritu sin destruir la diversidad. La comunión cristiana no uniforma: reconcilia.

Citas: Gn 11,1-9; Hch 2,1-13.

51. El banquete escatológico y el Reino

Grado de fuerza: analogía explícita y escatológica.

Isaías anuncia un banquete para todos los pueblos, donde Dios destruirá la muerte y enjugará las lágrimas. La salvación se presenta como comunión, abundancia, consuelo y victoria sobre la muerte.

Jesús usa frecuentemente la imagen del banquete para hablar del Reino. La Eucaristía anticipa sacramentalmente ese banquete definitivo, y el Apocalipsis habla de las bodas del Cordero.

La analogía es escatológica y sacramental. El banquete profético de salvación se cumple en Cristo, se anticipa en la Eucaristía y se consumará en la vida eterna.



Esta analogía permite cerrar el recorrido con esperanza: la historia bíblica no termina en una idea, sino en una comunión plena con Dios.

Citas: Is 25,6-9; Mt 22,1-14; Lc 14,15-24; Lc 22,14-20; Ap 19,9; Ap 21,4.

Conclusión

Leer el Antiguo Testamento a la luz de Cristo no significa empobrecerlo, sino reconocer su profundidad. La historia de Israel no es un simple prólogo descartable, ni una colección de símbolos disponibles para cualquier interpretación. Es historia santa, alianza, promesa, pedagogía, memoria, profecía, sabiduría y esperanza.

Cristo no llega desde fuera de esa historia; nace dentro de ella. Asume sus promesas, cumple sus figuras, purifica sus expectativas y revela su sentido último. En Él, la creación se abre a la nueva creación; la Pascua se convierte en redención definitiva; el templo encuentra su plenitud en la presencia viva de Dios; el sacrificio alcanza su verdad en la entrega del Hijo; la alianza se escribe en el corazón; el pueblo se abre a todas las naciones; y la esperanza de Israel se convierte en luz para el mundo.

Por eso, la lectura cristiana del Antiguo Testamento debe ser al mismo tiempo reverente y cristológica: reverente, porque respeta el camino propio de Israel; cristológica, porque reconoce que la plenitud de la revelación se encuentra en Cristo. La unidad de la Escritura no se descubre forzando detalles, sino contemplando la paciencia de Dios, que prepara lentamente a su pueblo para recibir la plenitud de su Palabra.

Estas figuras, resonancias y cumplimientos no son adornos piadosos ni juegos de semejanza. Son ventanas para contemplar la pedagogía divina. Nos enseñan que Dios no improvisa su salvación, sino que la va preparando en la historia; que sus promesas no se pierden, sino que maduran; que sus signos no se agotan en sí mismos, sino que apuntan hacia una plenitud mayor.

La clave sigue siendo la de Emaús: cuando Cristo abre las Escrituras, el corazón empieza a arder. Entonces el lector descubre que la Biblia no es un conjunto disperso de libros, sino una historia guiada por Dios, una Palabra viva que culmina en Cristo y sigue iluminando el camino de la Iglesia y de cada creyente.

Cuando la Escritura se lee así, no solo se entiende mejor la Biblia; se aprende también a reconocer la fidelidad de Dios en la propia historia. El mismo Dios que condujo la creación, la alianza, el éxodo, el exilio, la promesa y el cumplimiento, sigue conduciendo hoy la vida de quienes escuchan su Palabra con fe.

4 de julio 2026

